JOSE G. AGUILERA

DISCURSO pronunciado en la velada efectuada la noche del 4 de febrero de 1937, en el seno de la Sociedad Geológica Mexicana, por el Sr. Ing. Ezequiel Ordóñez, M. S. G. M.

Si mi memoria no me es infiel, desde 1887, es decir hace cincuenta años, que conozco a José Guadalupe Aguilera, habiendo tenido el honor de trabajar bajo sus órdenes durante diez y nueve años, considerándolo desde un principio como mi maestro. El que habla, acababa de cursar Mineralogía y Geología, en la entonces llamada Escuela de Minería, en la cátedra que daba mi también maestro y protector Don Antonio del Castillo, Director de dicha Escuela.

La enseñanza de la Mineralogía, se hacía entonces por medios algo anticuados, aunque ya se cursaba el "Sistema de Mineralogía", de James Dana. Las propiedades físicas de los minerales se tomaban todavía de los **Elementos de Orictognosia**, del sabio Andrés Manuel del Río. También se acababa de adoptar, para el curso de Geología, el magnífico tratado francés de Albert de Lapparent. Y con un curso así, en libros buenos, aunque con la tradicional forma de enseñanza un poco vieiosa, era fácil adquirir el gusto por estas materias, máxime cuando se disponía de una magnífica colección para el estudio práctico de los minerales.

Confieso ingenuamente que al candor con que describe del Río, las propiedades físicas de los minerales; a la notable erudición desplegada por Lapparent en su tratado; y, sobre todo, a la convincente y poderosa elocuencia de José Aguilera, quien ya mostraba desde entonces profundos conocimientos en Geología, debo mis pininos y mis aficiones a esta ciencia.

El doctor Aguilera sabía y así lo expresaba con ardor, que el campo de México estaba enteramente vírgen. Y así era en efecto, pues no se tenían entonces más nociones sobre las rocas de México, que las que nos legaran en sus libros de viajes el insigne Alejandro de Humboldt, así como otras obras de algunos viajeros distinguidos como: Burkart, SaintClair Duport, la Comisión Científica Francesa, etc.; y como descripciones paleontológicas, los artículos de Cope, de Robert Hill y de Stanton, así como las de unos cuantos ingenieros de minas mexicanos, Mariano Bárcena y otros aficionados a esta clase de estudios. El pequeño texto de Geología de Mariano Bárcena, ya se cursaba en la Escuela Nacional Preparatoria.

La obra regeneradora de la Geología Nacional, la inicia José Aguilera a fines de 1887, con la clasificación metódica de las colecciones de rocas y algunos fósiles que existían en el Gabinete de Mineralogía de la Escuela, colectadas durante numerosas prácticas de los alumnos, hechas invariablemente a fines de cada año. La clasificación de las rocas se hacía hasta entonces, empleando sin gran criterio ni moderación, unos cuantos términos vagos o imprecisos. La Petrografía moderna la había cultivado el maestro Aguilera en las colecciones de museos americanos y en las de la "United States Geological Survey", durante sus largas estancias en la Exposición de Nueva Orleans y en la capital de Washington. Además, ya los talentos y conocimientos geológicos de Aguilera, los habían aquilatado sus amigos, los ingenieros de la Comisión Geográfico Exploradora y los de la Comisión Científica de Sonora, cuyos puestos dejó para venir a laborar con el maestro Castillo. A estos dos hombres, al uno con su experiencia, saber e influencia y al otro, el hoy doctor Aguilera, se debe el principio del conocimiento de una Geología verdaderamente científica en México, así como el impulso y el desarrollo que ha ido adquiriendo esta ciencia, siempre con el concurso de sabios y de ingenieros extranjeros.

La palabra del maestro Aguilera, cultivada en muchos buenos libros era cautivante, sugestiva, convincente y los que tuvimos la buena suerte de viajar con él, por los intrincados laberintos montañosos del sur de Puebla, de las Mixtecas, en Oaxaca y del oeste de Jalisco, en Guerrero y Michoacán, por los

años de 1890, pudimos darnos cuenta de que, interpretaba con extraordinaria precisión, aquéllas complicadas arquitecturas y de que este era el hombre predestinado para abrir a la juventud, los nuevos derroteros, para explicar la Tectónica y el porqué de las formas del suelo mexicano. Y subiendo con él al volcán de Colima, o bajando con él al fondo del cráter del Popocatepetl o a las minas de Pachuca, iba yo siempre deleitado con las profundas, vivaces y elocuentes observaciones del maestro.

Así fué, y así es en el presente, el hombre a quien venimos a honrar esta noche. Los muchachos de 1890, como los de ahora, a quienes la Geología brinda sus fascinantes atractivos, piensan que el maestro con su docta palabra se los ha descrito en su justo valor y que al conquistar sus voluntades, los prepara para la lucha de los problemas del descubrimiento de la verdad acerca de este complicado suelo, del que por otra parte, todavía estamos muy lejos de arrancarle muchos de sus secretos.

Las múltiples atenciones administrativas, de organización y de guiador de un puñado de trabajadores, absorbieron mucho tiempo y distrajeron el genio de este hombre, sano y sencillo, en los momentos en que el vigor de su juventud y de sus entusiasmos, le hubieran permitido escribir muchos libros, para legarlos a las juventudes venideras. Este ha sido el sueño frustrado de toda su vida. En efecto, la confección del Bosquejo Geológico de la República, la formación de la Comisión Geológica, con el maestro Castillo; la organización definitiva del Instituto Geológico, del cual fué el alma mater, el eje, el impulsor incansable, no le dejaron la oportunidad de ordenar y compaginar los muchísimos datos recogidos por él, durante innúmeros viajes, por todos los rincones del país. Sin embargo, quien pudo escribir una "Sinopsis de Geología Mexicana", una explicación al Bosquejo de la Carta Geológica, en la infancia de la Geología Nacional, así como el Catálogo de las Especies Minerales y su Distribución Geográfica en México, habría sido capaz de escribir otros libros, ya que dominaba las más diversas ramas de la ciencia geológica, como la Seismología, la Petrografía, la Geología Económica, la Geo-

grafía Física, sin hablar de la Tectónica y de la Paleontología, que han sido sus especialidades.

Pero nuevas actividades tienen que detener la pluma del maestro. Me refiero a los planes, a la ejecución y a la supervisión del edificio del Instituto Geológico, ideado, planeado y sugerido por Aguilera y sobre todo, a la enorme tarea de asegurar del Estado, los fondos suficientes para esta magna obra. Y apenas terminado e inaugurado el flamante y bello edificio, viene a ser el centro, el lugar de concentración de todos los trabajos de organización y preparación del Xº Congreso Geológico Internacional, que se reunió en la ciudad de México en septiembre de 1906, siendo también obra exclusiva de José Aguilera, desde la petición presentada por él con la anuencia del Gobierno, ante la Asamblea del IXº Congreso, reunido en París en 1900, hasta la terminación de las actividades del Congreso en México. Esta reunión tuvo el más grande de los éxitos con la asistencia de los más distinguidos geólogos del mundo y con la publicación de una obra monumental que agrupó todos los trabajos de esta Reunión, que tanto prestigio dió a México. A esa obra contribuyó el Dr. Aguilera con un erudito estudio sobre los Volcanes de México en relación con la Tectónica General del país.

Peró, no voy a seguir paso a paso la muy brillante carrera geológica del doctor Aguilera, ni a analizar su valiosa obra científica de 1907 para acá, pues que es conocida de muchas de las personas que me escuchan. En una nota bibliográfica del Ing. Teodoro Flores, otro de sus antiguos discípulos, se encuentra una lista muy completa de la obra literaria del fundador y Director por muchos años del Instituto Geológico de México. También por el año de 1908 comienza su carrera profesoral, de la cual hacen elogios sus más destacados amigos y discípulos, que mas que eso son los admiradores de sus meritísimas virtudes y de la fuerza convincente de sus cátedras.

Ya en 1891, cuando fuimos juntos al Congreso Geológico de Washington, llevando la representación de México con el maestro Castillo, se reveló el Dr. Aguilera, como un experto en Geología, y ya era una eminencia consagrada entre los sabios reunidos en San Petersburgo y Moscú en 1897, a donde tam-

bién fuimos juntos, recorriendo de paso toda Europa, visitando museos. Durante este viaje, el Dr. Aguilera se conquistó muchos amigos y la simpatía de otros maestros, así como la colaboración de algunos geólogos extranjeros que vinieron a ayudarlo en las tareas del Instituto Geológico, personas que con el tiempo, al lado del maestro, rindieron servicios eminentes a la Geología Mexicana.

Es muy satisfactorio para mí, el tomar parte muy modesta en esta velada, ya que su objeto es el de rendir justísimo homenaje de simpatía y gratitud al decano de la Geología de México; al maestro de varias generaciones y al creador de la Sociedad Geológica Mexicana, la que con este acto, rinde tributo de admiración al fundador de toda la moderna enseñanza de la Geología en México.

Con todo y sus ochenta años y a despecho de una vida no exenta de amarguras, la inteligencia del doctor Aguilera y su voluntad siguen alertas, y mucho esperamos todavía de él, los que con orgullo podemos llamarnos sus discípulos.